

Luis XVIII, como todos los príncipes nacidos cerca del trono, y educados en la molición y en las etiquetas de la corte que separaban al hombre del rudo contacto de la vida común, tenía algo de afeminado en su carácter. La virilidad de sentimiento que las enfermedades robaban á su cuerpo, se echaba de menos en su alma. En vez de ostentarse en él el lujo de fuerza de las grandes naturalezas respecto al amor, en su corazón solo existía respecto á la amistad. Así es, que sus amistades por efecto de su concentración y de su fidelidad, tocaban muy fácilmente en la pasión y hasta en el favoritismo, adquiriendo mayor honra á causa de su constancia.

Además de algunas mugeres cuya amistad había cultivado en su juventud, mas bien que su cariño, y entre otras la marquesa de Balby, muger que brillaba mas por su ingenio deslumbrador que por su hermosura, monsieur d'Avaray y Mr. de Blacas presentan un ejemplo de aquella obstinación en sus amistades. Mr. d'Avaray, que justificaba aquel afecto por su donaire y por su dulce carácter; Mr. de Blacas, que lo justificaba asimismo por su fidelidad, habíanle sido arrebatados, el uno por la muerte, el otro por su impopularidad, á la cual había sido preciso sacrificarlo á menos de no renunciar al trono.

Mad. de Balby, aunque ya entrada en años, vivía todavía, pero resentimientos muy graves, nacidos en la emigración, parecían haberla alejado para siempre de la corte y del corazón del rey. No tenía, pues, el monarca ninguna amistad doméstica en aquel palacio, en que en otros tiempos se había esplayado su alma y su espíritu con sus amados confidentes, ya respecto á sus penas, á sus ambiciones políticas ó á sus trabajos li-

terarios. A él no le era dado tampoco hallar en los individuos de su familia que le rodeaban esas amistades, esas seguridades de confianza, esa dulce expansión que en los demás, porque se creía, como en efecto así lo era, muy superior en talento y en toda clase de miras á todos ellos.

Amaba mucho á su sobrina, la duquesa de Angulema, pero ella era fría, reservada, retraída y educada en ese horror, tan natural en la hija de tan caras víctimas, contra aquellos pactos y aquellas transacciones con la revolución y con los hombres de la revolución que el rey se veía precisado á sancionar y á sufrir por la política. Su presencia era para él á veces una muda acusación, sobre todo desde que Mr. de Talleyrand y Fouché formaban parte de sus consejos. No puede amarse por largo tiempo aquello que se teme.

Su sobrino el duque de Angulema le agradaba mucho mas por su modesta gravedad, por su actitud de respetuoso discípulo de su prudencia en el reinado, y por su genio dulce y obediente. Aquel era, como él solía decir, su Germánico. Pero el talento del duque de Angulema, menos elevado que su alma, era muy inferior al de su tío para que el rey pudiese encontrar en su sobrino una sociedad agradable y amena.

El duque de Berry, otro de sus sobrinos, era de carácter vivo y decidido; pero ligero, brusco y llevado de los placeres, por efecto de la pasión propia de su edad y de la ociosidad de su vida. El rey le dejaba abandonarse á sus gustos por la milicia, y á los caprichos de su corazón. Aquel, como decía, formaba el Alcibiades de su dinastía, y así le dejaba entregado á la admiración y á la malignidad de la juventud.

Los príncipes de la casa de Condé eran ya de mas edad ó enteramente nulos, y solo vivían relegados entre algunos viejos y algunas señoras en su corte póstuma, y en sus cacerías y en sus festines de Chantilly.

El duque de Orleans era el único que hubiera podido tener mas conformidad de ideas, mas igualdad de espíritu con el rey, y mas atractivo por sus opiniones; pero era para la casa real un recuerdo vivo de su padre, que tan funesto habia sido para la familia de Luis XVI, y ademas, habia sospechas de que acariciaba en su interior la esperanza de una usurpacion personal. No es fácil, pues, amar un rival, ni puede haber confianza con un competidor á la corona. El duque de Orleans habia sido perdonado, colmado de gracias, de favores y de riquezas, pero se le mantenía siempre á cierta distancia de la córte, tanto en interés de su propia popularidad como por prudencia política del rey.

## XXVIII.

Quedaba solo el conde de Artois, hermano y sucesor eventual de Luis XVIII en el trono, á quien el rey queria, á pesar de su inferioridad de inteligencia, y quizá por esta inferioridad misma que le hacia poco temible para él. El parentesco habia creado entre ellos cierta amistad, y seguro el monarca del corazon de aquel hermano que habia compartido con él sus destierros y sus malos tiempos, veía en él un testigo de sus primeros esplendores, un recuerdo vivo de la antigua córte, y un compañero de sus adversidades; pero él no conservaba con el conde de Artois mas que aquellos vinculos de sangre, de corazon, de comunidad, de fortuna. Las opiniones separaban á ambos hermanos; si es que puede llamarse opinion en el conde de Artois ciertos hábitos de espíritu, creados en la cuna, sostenidos por la preocupacion de la primera juventud, conservados despues en la edad madura por el frecuente y esclusivo trato con ciertos deserrados de la nobleza y de la iglesia, enemigos irrecon-

ciliables de las nuevas ideas, y trasladados desde el destierro á palacio para ser explotados por todos los aduladores de antigüedades y por todos los forjadores de intrigas.

## XXIX.

Aunque aquel príncipe, despues de su regreso de Gante, no habia manifestado sus quejas en Arnouville de una manera muy decidida contra la humillacion de Luis XVIII, ni contra la necesidad de Fouché, apenas el monarca volvió á instalarse en las Tullerías, rodeóse de nuevo de agentes realistas, recobrando todo su vigor la sorda oposicion al gobierno de su hermano, que hacia de él el consuelo de la antigua córte, la esperanza de los ambiciosos, de la aristocracia ó de la iglesia, y el instrumento involuntario de los hombres indiferentes á ambas causas pero que le adulaban para engrandecerse.

El ala derecha del castillo de las Tullerías, llamada comunmente el pabellon Marsan, era la habitacion del conde de Artois, y el centro al mismo tiempo de aquella pequeña córte emigrada en medio del pais de la revolucion. El hombre político de aquella faccion intestina de palacio era de nuevo Mr. de Vitrolles, el mismo que en 1814 sirvió para hacer llegar hasta el conde de Artois las palabras de Mr. de Talleyrand. Habíase ocupado despues con mas celo que utilidad efectiva en anudar los hilos de algunas inteligencias entre los honapartistas desafectos, los diplomáticos estrangeros y el príncipe en favor de una restauracion que no dependía inmediatamente del éxito de aquellas intrigas, sino mas bien de la derrota ó del triunfo de Napoleon. Despues de Waterloo habia vuelto otra vez á insinuarse en las confiancias de Fouché, y él fué el negociador oficial ú oficioso de las

proposiciones preliminares hechas por aquel ministro al rey y á los príncipes. Aquel último servicio pareció darle un nuevo título á la confianza y al reconocimiento del conde de Artois. Mr. de Vitrolles no tenia evidentemente otra política que su genio audaz y entremetido, y su celo realista; porque él fué el primero que mezcló la causa de la monarquía pura en la intriga llena de concesiones constitucionales del partido de Mr. de Talleyrand, cuyo agente voluntario habia sido en 1814, y él mismo acababa tambien de mezclar en 1815 la causa de la monarquía pura en la intriga llena de concesiones revolucionarias y de compromisos con el gabinete de Fouché, cuyas confidencias habia tambien recibido, llevado y manejado.

Pero Mr. de Vitrolles tenia sobre todos aquellos hombres de otra época que rodeaban al conde de Artois en el pabellon Marsan, la ventaja que lleva en sí un hombre jóven, activo, que habia permanecido en Francia y se habia mezclado en todo, sobre unas personas estrañas, que no saben donde apoyarse en un país político desconocido. El príncipe tenia necesidad de servirse de él para todo en aquellas tinieblas del mundo revolucionario, cuyas tinieblas tenia la pretension de atravesar con su vista. Apenas Mr. de Talleyrand y Fouché reinaron solos en el gabinete formado por el rey en Arnouville, aquella camarilla del conde de Artois, que estaba relegada á la inaccion, y poco satisfecha de su emulacion política, conspiró contra el ministerio, empezando á urdir planes políticos, y á designar otros ministerios, con los cuales aquel partido de hombres antiguos ó modernos, pero intrigantes todos, se proponian, como él decia, salvar la monarquía contra el rey.

## XXX.

Los hombres principales de aquella oposicion naciente de palacio, cuyo primer móvil era Mr. de Vitrolles, contaban entre ellos en aquella especie de córte á Mr. d'Ambray, canciller sin ejercicio en 1814; á Mr. Ferrand, reputacion facticia creada por el realismo para que apareciese como un publicista dedicado á su servicio, aunque ya en otro tiempo Bonaparte le habia tenido á su devocion igualmente para aprovecharse de sus principios de despotismo religioso.

Mr. de Fontanes, hombre mas ilustrado pero deseoso de hacerse perdonar sus debilidades en favor del emperador en fuerza de la pureza y del ardimiento de su realismo.

El duque de Levis, procedente de la antigua córte, hombre honrado, delicado, estudioso, aficionado á las letras, pero de una constitucion muy poco á propósito para llevar el peso de la política.

Mr. Bourrienne, tráfuga ingenioso del gabinete del emperador al de los príncipes, un enemigo que tenia todo el celo desesperado, propio de los tráfugas.

Mr. Alixis de Noailles, jóven de gran renombre, de un ánimo generoso, de una actividad que igualaba á su celo, que se habia distinguido por la temeridad de su fé contra las persecuciones de la iglesia y de su pontífice por el emperador, y que se habia lanzado de los primeros y con las armas en la mano en 1814 á defender al conde de Artois y la monarquía de sus padres.

Finalmente, Mr. de Chateaubriand, que habia regresado de Gante descontento, que se tenia por su genio al nivel de los principales hombres políticos, que en la ambicion no desdeñaba la fortuna y que estaba separado de

los negocios por el horror que se habia atrevido á manifestar contra Fouché, por la indiferencia de Mr. de Talleyrand y por la instintiva repulsion de Luis XVIII, que no le queria. Los príncipes, en su grandeza convencional, son siempre celosos, sin saberlo ellos mismos, de los hombres de genio que son grandes por naturaleza. No puede, pues, hallarse otro motivo para aquella aversion de Luis XVIII hácia Mr. de Chateaubriand, que habia llevado su decision por aquel príncipe hasta calumniar á Bonaparte, y que solo pedia dedicarse á él con toda su fé y todas sus ambiciones de renombre y de poder.

## XXXI.

En aquel mismo campo de oposicion, hallábanse tambien algunos otros hombres de mas inferior reputacion, tales como Mr. Laborie, colega y amigo de Mrs. Bertin en el *Diario de los Debates*, hombre universal para concentrar una intriga y para reunir los hilos con que debe anudarse.

Mr. de La Maison-fort espíritu ligero aunque brillante, que sabia á veces hacer uso de la gravedad, y del cual se sospechaba haber intrigado en la emigracion y á presencia del mismo Luis XVIII, con Fauche-Borel y otros agentes oficiosos de supuestas negociaciones, con el fin de adquirir importancia. Este hombre se habia despus confiado al conde de Artois que era mucho mas crédulo y se rodeaba mas de mediadores. Escribió en 1814 un folleto realista que habia disputado con el de Mr. de Chateaubriand el entusiasmo de los amigos de los Borbones. Habiendo regresado á Francia con los príncipes y siendo desconocido para los hombres de la época, era tenido por un oráculo en política, cuando solo era un espíritu travieso, un cortesano de tiempo de Carlos II.

Mrs. de Polignac, educados en la córte del conde de Artois, recuerdos vivos de su juventud, hombres de honor y decididos hasta el fanatismo, aunque demasiado jóvenes todavía para poder prejuzgar su importancia política; Mr. de Juigné, Mr. de Bruges, Mr. de Boisgelin; mas ninguno de los hombres de aquel círculo ni de aquellas opiniones, estaba destinado á ser el favorito de Luis XVIII, á quien pudiese aquel rey hacer partícipe de su política, de sus ideas y de su corazón. La casualidad fué empero la encargada de presentárselo.

## XXXII.

Tenemos ya referido que la víspera de la entrada del rey en París, el consejo de ministros, deseando encontrar un prefecto de policía que reuniese la osadía á la inteligencia y con quien pudiese contarse para disolver las Cámaras, para acallar los rumores del pueblo, y para librar de peligros el tránsito de Luis XVIII desde Arnouville á las Tullerías, habia nombrado para aquel cargo á Mr. Decazes. Tambien dijimos á su tiempo con cuánto ardor y resolucion habia aquel jóven solicitado de Fouché, su gefe superior en el ramo de policía, el honor y la responsabilidad de aquellas empresas. A contar, pues, desde aquel dia, Mr. Decazes habia redoblado su celo, ilustrado al gobierno, derrotado los restos de las facciones, merecido bien del ministerio y mucho mas del rey y de los realistas.

El prefecto de policía, por la índole subordinada, aunque importante, de sus funciones, no veia al rey diariamente, sino que dando cuenta de sus trabajos al ministro de Policía, éste lo hacia á su vez al rey en el consejo. Mas habiendo ocurrido una tentativa imaginaria de envenenamiento del emperador Alejandro que puso en alar-

ma por un momento á sus ayudantes de campo, tuvo precision Mr. Decazes, como director de policia, de profundizar aquel suceso á fin de hacer ver la puerilidad en que se fundaba; y el rey, inquieto por los rumores que con motivo de aquel acontecimiento circulaban por Paris, y deseando hacer ver al emperador Alejandro toda la solitud que él tomaba por la seguridad de tan augusto huésped, hizo llamar á Mr. Decazes á su presencia á fin de escuchar de su boca los pormenores de aquel suceso.

La figura del jóven prefecto, su aspecto á la vez tímido y diligente, su elocucion fina y elegante, el sonido de su voz penetrante al par que respetuosa llamaron desde luego la atencion del rey, que hizo por prolongar la audiencia todo lo posible á fin de que durase mas tiempo aquella conversacion, y poder mientras tanto estudiar á aquel hombre. En una palabra, Mr. Decazes le agradaba al rey, y ya se sabe que agradar á los reyes es lo mismo que reinar pronto en su nombre. La afición es la última razon del favor de los príncipes. Por lo demas, aquella impresion estaba suficientemente justificada por las dotes que adornaban al candidato.

## XXXIII.

Mr. Decazes era hijo de un magistrado de Libourna en el departamento de la Gironda, comarca de la Francia que produce mas que otra alguna esas fortunas inesperadas, esas elevaciones rápidas, frutos de la osada ambicion, de la aptitud meridional y de esa insinuante flexibilidad de carácter que resalta en los habitantes de aquellas poblaciones que beben las aguas de los Pirineos. El poseia toda la gracia y despejo propios de aquella raza que vemos reproducirse por todas partes en nuestra historia, en nuestros campos, en nuestras córtes, en nues-

tros ministerios, en nuestras asambleas públicas desde Enrique IV hasta Murat ó hasta Barrere, fiel á su propósito, versátil como la misma suerte, sobrenadando como los objetos ligeros á todos los naufragios de los gobiernos, raza aventurera de la Francia. La Gironda, el Garona, el Lot, parece que la comunican algo de la movilidad y de la precipitacion de sus ondas.

Destinado por su padre á los mas humildes oficios de su provincia, Mr. Decazes vino á Paris hácia los últimos años del imperio, donde hizo sus estudios de derecho, logrando al fin por medio de algunas recomendaciones entrar de escribiente en las oficinas del ministerio de Justicia. Unos cuantos años despues, Mr. Muraire, primer presidente del tribunal de Casacion, le concedió la mano de su hija con quien sostenia relaciones el jóven legista. Aquel matrimonio fué sin duda el que le abrió las puertas del favor, pues al poco tiempo fué nombrado juez de uno de los tribunales inferiores de Paris; despues entró de secretario de ordenes de la madre del emperador Napoleón á las inmediaciones de la córte imperial; de aquel puesto pasó, con el mismo título, á la córte mas iniciada en los negocios y en las intrigas del palacio del rey de Holanda y de la reina Hortensia, llamando siempre la atencion de los hombres, apareciendo agradable á los ojos de las mugeres y siendo bien recibido siempre en cualquier parte donde era introducido.

Una muerte prematura habiale arrebatado á su primera muger, por cuya pérdida dió las mayores muestras de dolor haciendo alarde de una fidelidad apasionada á su memoria y á su familia que le valió en el mundo político una justa celebridad por sus sentimientos. Siguió durante algunos años y bajo los auspicios de su suegro, su doble carrera de la magistratura y de la córte, pero su fortuna se interrumpió en 1814, al caer sus pretores desde las gradas del trono. Volvióse, pues, con todo el Mediodia hácia los nuevos príncipes, y habiendo presentado á

Luis XVIII las diputaciones de su departamento y dirigidole al mismo tiempo una arenga en nombre de su ciudad natal, recibió como premio de su celo y decision una condecoracion de mano del mismo rey. Pero confundido entre el gran número de presentaciones fugitivas que asediaban el palacio, fué recompensado sin reparar siquiera en él.

## XXXIV.

El regreso de Napoleon de la isla de Elba no causó ilusion alguna en su conciencia ni en su precoz corazon, viendo solo en aquel paso un atentado y una demencia. Tomó las armas como decidido ciudadano al frente de los jóvenes estudiantes de las escuelas de París, y propuso al gobierno un levantamiento en masa de jóvenes voluntarios para oponer los hijos de la patria contra los pretorianos de la isla de Elba. Despues de la entrada de Bonaparte en París él solo fué el que se opuso en una reunion celebrada con sus colegas del tribunal, á la proposicion que hizo el presidente de ir á rendir homenaje y á prestar el juramento de fidelidad al vencedor.

«Jamás me han enseñado mis maestros ni yo he aprendido en ninguna parte que la legitimidad del poder sea el premio del corso.» Aquella palabra de mal ejemplo para las córtés, llegó á oídos del emperador, que le hizo salir desterrado á cuarenta leguas de París, mas el joven proscrito lejos de obedecer, corrió á Burdeos, se asoció á las valientes protestas de Mr. Lainé, reanimó durante los cien dias y acompañado de aquel ciudadano de una virtud verdaderamente antigua, el fuego de la independencia en los ánimos y la fidelidad al rey legítimo por toda aquella parte del Mediodía. Semejante valor cívico, tan raro á la sazón, y tan desinteresada fidelidad al derecho

le fueron de mas provecho que podria haberle sido la versatilidad y la ambicion. Al volver Luis XVIII de su destierro, se buscaban hombres nuevos y al mismo tiempo decididos y se acordaron de su nombre y de sus hechos. Ya hemos visto de qué manera hizo la casualidad que Mr. de Talleyrand y Fouché, dieran con él.

## XXXV.

Mr. Decazes tendria entonces treinta y cinco años y parecia diez años mas joven que sus demas contemporáneos. Su elevada estatura, la elegancia de su porte, el altivo ademán de su cabeza, la natural nobleza de su aspecto, tenia mas de diplomático ó de militar que de magistrado. Su frente dilatada, sus cabellos de un rubio claro, sus ojos azules y brillantes, su boca cuya sonrisa disminuía la severidad de los labios, el óvalo un poco prolongado de su rostro, la tez ligeramente afeminada del hombre de estudio realizada por el sonrosado de la sangre del Mediodía, un conjunto general de todas estas facciones y de todas estas tintas que no era fácil contemplar sin sentirse impresionado y conmovido, hacian de Mr. Decazes en aquella época de su vida, el vivo retrato del favorito predestinado por la naturaleza para ocupar toda la atencion de una córte; un Cinq-Mars ó un Leicester, segun fuese necesario encadenar el corazon de una reina ó fascinar el ánimo de un rey.

Su corazon y su cabeza correspondian á aquellos síntomas, por los cuales la naturaleza rara vez engaña á los ojos. El era rendido, fiel, decidido, capaz de toda clase de afecciones generosas del alma, incapaz de traiciones ó de bajezas, algo propenso á la adulacion, pero mas bien por entusiasmo que por interés; y sabia hacer ilusion á sí mismo acerca del carácter y virtudes de sus protectores á

fin de justificar á sus propios ojos sus adoraciones. Cortesano por naturaleza mas no por servilismo, y tanto mas á propósito para agradar, cuanto que se le agradaba fácil y sinceramente á él mismo.

Su inteligencia, sin que se elevase por entonces al genio de los negocios, tenia esa especie de exactitud ó precision que es el instinto de las situaciones y el gran camino de los hombres de estado. En política era mas lo que sentia que lo que inventaba. Como hombre nuevo y deseoso de servir á una causa antigua, comprendia á la Francia por su propia disposicion de espíritu. Hacer aceptar al rey la nueva Francia y que esta aceptase á á aquel, he aqui toda la restauracion segun lo indicaba el buen sentido y segun tambien Mr. Decazes; contrarevolucion si el rey no aceptaba la Francia, revolucion si la Francia no aceptaba al rey. Dos abismos trazaban el camino, y ni habia necesidad de una gran superioridad para distinguirlo ni de una alta iniciativa de ideas para seguirlo. Bastaba solo para el caso la prudencia y la moderacion. La buena voluntad era todo el genio necesario para emprender una obra semejante y en tales momentos.

Hacia falta ademas una adhesion personal esclusiva, inflexible, hácia el rey que era solo el que en su palacio comprendia aquella política, y era preciso tambien una aptitud á propósito para el manejo de los hombres, á fin de rechazar á los fanáticos de la Francia antigua sin enagenarlos demasiado al rey, y de atraer á las capacidades de la Francia nueva sin entregarles demasiado la restauracion, á la cual no tenian la suficiente aficion para que fuese posible ponerla en sus manos con seguridad para el monarca. Mr. Decazes era capaz de estas tres diplomacias del reinado. Ningun vínculo le unia á lo pasado y toda su suerte podia concentrarse en el corazon del príncipe que se le adhiriese. No tenia ningun fanatismo de revolucion ó de contrarevolucion que fuese bastante á suscitar dificultades en su ánimo y á impedirle el doble-

garse á las sinuosidades de la gran rutina de los gobiernos. Contaba con bastante franqueza para inspirar confianza á los hombres de ambos partidos, bastante astucia para adivinar sus ambiciones, á través de sus principios, con bastantes elementos para seducirlos y con bastante firmeza de carácter para retenerlos despues de haberlos seducido.

Nadie quizá mas que él era capaz, asi por sus buenas cualidades como por sus debilidades, de formar con todos aquellos restos de partidos que se hallaban esparcidos por la Francia, un partido personal al rey y á la vez contrario á su familia, á sus amigos, y hasta á sus enemigos. No tenia una elocuencia distinguida, pero se expresaba bastante bien; comprendia todavia mejor, y sobre todo trabajaba de una manera admirable. Infatigable para el trabajo, para la intriga política, para la sociedad, para el placer, siempre que la sociedad y el placer entrasen como medios de gobierno, sostenia relaciones con todos los campos que podian servir para reclutar el del rey. Demasiado nuevo todavia para inspirar recelos á las grandes ambiciones de la córte, y harto relacionado con las cosas del imperio y de la revolucion para hacerse sospechoso á los honapartistas y á los constitucionales convertidos á la restauracion, reunia á todos aquellos dones de la naturaleza, del nacimiento y de las circunstancias, una aficion por las letras y una universalidad de conversacion que correspondia perfectamente con los gustos sedentarios y literarios del rey. Finalmente era jóven, y aquel príncipe queria mas bien un alumno en su intimidad que un ministro. La casualidad habia servido mucho mejor que la eleccion al príncipe y al futuro favorito en aquel primer encuentro que habia de ser la base de su reciproca adhesion. Se ve, pues, que el corazon tiene tambien sus destinos y sus influencias en la política y hasta en el interior de los palacios de los reyes y en el secreto de las córtes.

## XXXVI.

El rey, despues de haber sostenido largo tiempo la conversacion del jóven acerca de las circunstancias del tiempo, le dijo: «Mucho me satisface el tener un prefecto de policia tan inteligente y de tanta confianza; vendreis por lo tanto en adelante á darme cuenta personalmente en mi gabinete de cuantos sucesos importantes ocurran en mi capital.» Mr. Decazes pareció declinar modestamente aquel inusitado favor, con el objeto sin duda de que el rey lo pronunciase de una manera mas terminante, y al efecto le hizo presente que él habia recibido por medio de Mr. de Vitrolles y en nombre del rey y del conde de Artois, la órden para que trasmitiese por escrito á la córte los informes de policia que dirigiese desde luego á Fouché, y que aquella comunicacion, motivada sin duda en los recelos que el carácter de Fouché inspiraba á la córte, debia bastarle al rey. «No», replicó vivamente el príncipe, que tanto desconfiaba de la mediacion de su hermano como de la de Fouché, no, os lo repito; nada de intermediarios en adelante entre vos y yo; cuando tengais que hacerme saber algun negocio grave, venid, que yo os recibiré.»

En seguida y reteniéndole aun despues de terminados los asuntos, se informó con cariñosa curiosidad de su nombre, de su patria, de su familia y de sus antecedentes, pareciendo interesarse mucho en todo lo que pertenecia á su interlocutor. Empleó toda clase de seducciones para conquistarle, hizo uso de su talento, echó mano de su memoria, insinuó algo de su política y le abrió por fin su corazon. El rey, en una palabra, buscaba un amigo. «¿Os he visto acaso en alguna otra ocasion?» dijo el rey á Mr. Decazes, yo creo que no, porque vuestra figura y

vuestra voz me hubieran llamado la atencion.— Si señor, repuso el prefecto de policia, he tenido el honor de presentaros en 1814 á los delegados de mi departamento y aun de dirigirla palabra en su nombre á V. M.—Es cosa rara, le contestó el rey; pero es verdad que entonces veia tanta gente, que no conservo nada en mi memoria. Volved, volved á menudo por aqui que tendré gusto en veros.» El príncipe habia presentado un sustituto de Mr. d'Avary en su corazon, y su política estaba de acuerdo con sus gustos. Haciale falta un hombre para sí.

## XXXVII.

Fouché estaba alarmado y parecia complacerse en alarmar también diariamente al rey con los informes exagerados ó siniestros que leia en el consejo, que ponía en manos del mismo monarca, y que ademas dejaba deslealmente traspasar en el público por medio de supuestas indiscreciones, como para advertir á la opinion de la parte exterior que le apoyase con un alarde de popularidad en lo interior; ratera y vil maniobra copiada de la carta del ministro Roland á Luis XVI en 1792.

«El momento se acerca, decia, el espíritu nacional ha tomado ya esta terrible direccion; se forma una fusion entre los mas opuestos partidos, y hasta la Vendée confunde sus banderas con las del ejército. En tal esceso de calamidad, ¿qué otro partido queda ya á V. M. mas que el de alejarse? Los magistrados abandonarán por sí solos sus funciones, y los ejércitos extranjeros tendrán que hárselas entonces con individuos libres de todos los lazos sociales. Un pueblo de treinta millones de habitantes podrá quizá desaparecer de la tierra; mas en esa guerra de hombre á hombre, mas de una tumba habrá de dar cábi-



da, confundidos los unos con los otros, á los opresores al mismo tiempo que á los oprimidos!

»Las desgracias de la Francia han llegado á su colmo; por todas partes se arruina, se devasta, se destruye como si para nosotros no hubiera ya paz ni arreglo alguno posible. Los habitantes emprenden la fuga ante los soldados indisciplinados, y los bosques se ven poblados de desdichados que van á buscar en ellos su último asilo. Las mieses se agostan en los campos, y muy pronto la desesperacion no escuchará la voz de ninguna autoridad, contribuyendo á que esta guerra emprendida para asegurar el triunfo de la justicia, iguale en barbarie á aquellas célebres invasiones que la historia nos recuerda siempre con horror.»

## XXXVIII.

Mientras que Fouché se ocupa en conmovier de esta manera la opinion, Mr. de Talleyrand perdía terreno y vacilaba en el ministerio, el conde de Artois murmuraba, y el Mediodía, las provincias del Oeste, y hasta los mismos extranjeros, pedían venganza contra los bonapartistas, autores de tantos desastres y calamidades, el pueblo oprimido por setecientos mil soldados, gemía sin poder acusar á nadie mas que á sí mismo de las consecuencias de su debilidad cuando el regreso de Napoleon. El ejército antiguo se estaba disolviendo al otro lado del Loira; los oficiales enviados con medio sueldo á sus provincias, llevaban en pos de sí al volver á sus hogares, la impresion contra el vencedor, los resentimientos de su perdida importancia, las amarguras de su presente medianía en las familias rurales, comparada con su omnipotencia como militares en tiempo del imperio, que les entregaba, como despojos los ascensos, como dotacion la Francia y

la Europa. Nada, pues, tenía de extraño que se uniesen por medio de una coaliccion, sino natural impulsada por las circunstancias, con los constitucionales y los amigos de la revolucion y de la libertad, convertidos en enemigos de los Borbones.

Los extranjeros imponian á la corona condiciones inaceptables, las reacciones populares de los realistas y de los católicos del Mediodía, vengaban vergonzosamente en la sangre de los bonapartistas y de los protestantes las injurias y los ultrajes de que ellos mismos habian sido objeto pocos meses antes, por parte de aquellas facciones ó de aquellos cultos enemigos. Un clamor que se iba aumentando por momentos hasta llegar al fanatismo acababa por boca de los realistas y por medio de la pluma del mismo Mr. de Chateaubriand, la longanimidad y la falta de energia del rey que rehusaba acceder á la espiciacion del atentado del 20 de marzo.

Las elecciones, que tuvieron lugar bajo el influjo de aquella desesperacion de la nacion y de aquel arranque de cólera contra los autores de las recientes calamidades del pais, alejaban en todas partes á los hombres moderados, contando solo con los de opiniones mas exageradas, como si en los males públicos, la pasion y el furor fuese el genio desesperado de los pueblos.

Aquellas elecciones amenazaban al rey en la independencia de su política, prometiéndose hacer de él el rey de un partido en lugar del principe pacificador de la Francia. El rey por su parte esperaba encontrar en el emperador Alejandro, que se hallaba quejoso de Mr. de Talleyrand desde el consejo de Viena por su tratado secreto con la Inglaterra y con el Austria, un apoyo contra las exigencias de los coaligados, y en el duque de Richelieu, amigo de aquel soberano, quien reemplazase á Mr. de Talleyrand con mejor éxito que este ministro. Presentaba ademas en Mr. Decazes al sucesor de Fouché, arrancando la policia de las manos de aquel hombre sos-

pechoso, y encontrando así otro Blacas tan acepto á su corazon y menos impopular que el primero.

Meditaba, pues, en silencio, la recomposicion de su ministerio, y decia al oido de sus mas íntimos confidentes: «Hasta el día, Mr. de Talleyrand ha llevado sobre mí las ventajas que los mismos acontecimientos han venido á darle, y que yo, como rey hábil, he sabido reconocer y tolerar en él; mas su mala maña y su inercia hacen al presente que yo me apodere de esas ventajas. Le tengo preparada la revancha, y voy yo á mi vez á gobernar tambien.»

## XXXIX.

Pero antes de separar de su lado á Fouché y á monsieur de Talleyrand, (los proscritos como ellos se llamaban), quiso que descansase sobre sus hombros toda la odiosidad de las primeras represalias que el público clamor de su córte y su propia política le imponian. La opinion indignada designaba, con mas ó menos razon, á ciertos hombres como autores ó fautores principales del regreso de Bonaparte, del a espulsion de los Borbones, y de todos los desastres, en fin, que afligian á la vez al trono y á la patria. Las espontáneas sublevaciones de Marsella, de Nimes y otras varias ciudades del Mediodía; los asesinatos cometidos sin prévia formacion de causa, escogiendo las víctimas al acaso y sustituyendo á los trámites legales las mas sanguinarias venganzas personales; el frenesí que se habia apoderado de los diarios realistas para pedir venganza como puede pedirse honor y seguridad; las repetidas quejas de la camarilla del conde de Artois que cada día iban haciéndose mas imperiosas por la autoridad de la familia; todo parecia indicar al rey que no debia esperar á la reunion de las

Cámaras para dar satisfaccion á la cólera de los unos y á la prudencia de los otros, para recurrir por razon de Estado á un rigor aparente y de alejar algunas cabezas por medio de una proscricion arbitraria y temporal mas no sangrienta, á fin de evitar que mas adelante cayesen bajo la espada de la justicia ó de la pasion del partido realista.

«¿La clemencia no tiene tambien por ventura sus límites? exclamaban en Francia y en el extranjero los publicistas mas decididos por la espiacion. ¿No es cierto que existen crímenes que el interés mismo de la Francia y de la Europa no puede permitir que queden impunes? Será preciso que la lealtad y la fidelidad sean las únicas que tengan que sufrir las consecuencias de los desastres provocados por la traicion? ¿Acaso la firmeza y la severidad están reconocidos como crímenes? Un juez que absuelve á los culpables se condena á sí mismo... ¡Cuánta sangre y cuántos tesoros no ha costado por ventura á la Europa una magnanimidad mal entendida!»

Por fin se decretó en el consejo una doble proscricion; una que comprenderia á todos aquellos hombres mas notoriamente culpables, los cuales serian detenidos y entregados á un consejo de guerra, y la otra á los reputados como peligrosos, á quienes se impondria el destierro. Fouché fué el encargado en su calidad de ministro de la Policía, de la formacion de aquellas tablas de proscricion que debian ser presentadas al consejo del rey para ser revisadas y añadir y quitar nombres segun el odio ó el favor que disfrutasen en la córte. Aquel hombre tuvo entonces una ocasion digna y decorosa de retirarse llevando consigo, al menos, el pudor de su propio nombre y negándose á proscibir á aquellos mismos á quienes él habia provocado ó seguido en la complicidad de los Cien Dias, y á los cuales tantas veces habia prometido la amnistia. Mas lejos de hacerlo así, la ambicion que le habia hecho aceptar como una gloria las aparien-

cias de la traicion, le hizo aceptar tambien como una necesidad el papel de acusador de sus propios cómplices. Habíase ademas convencido de que ya no le era posible retroceder, y que no le quedaba mas asilo que el poder. Su pasado, que se le representaba por do quiera, le condenaba á no rehusar nada de cuanto le exigiesen los realistas; teniendo que elegir entre ser él el que los proscribiera ó ser él proscrito, eligió el primero de estos extremos.

## XL.

Al día siguiente presentó Fouché al consejo una lista de ciento diez nombres, designados una parte de ellos por la voz pública, y los otros elegidos de entre aquellos hombres cuya insignificancia ó la oscuridad de sus crímenes protegían contra el honor de la proscricion, siendo de notar que en aquella primera designacion no incurrió Fouché en debilidad alguna personal. Todos sus cómplices de los Cien Días, bonapartistas, orleanistas, ministros, colegas, representantes de su partido, iguales y subalternos, generales, mariscales, agentes de su policia, ejecutores de sus órdenes, todos sin escepcion estaban incluidos en las listas, siendo de los primeros comprendidos en ellas Lanjuinais, Diesbach, Flauguergues, Carnot y Caulaincourt. El se habia ejecutado liberalmente á sí mismo. Solo su nombre era el que allí se echaba de menos.

El rey y los ministros aun tuvieron que rebajar algo de los rigores de Fouché, y eliminaron algunos nombres, cuya inocencia, ó el favor que disfrutaban, les hacia acreedores al perdon. Luis XVIII borró con su propia mano el nombre de Benjamin Constant, y el emperador Alejandro el de Caulaincourt. Por último, habiéndose

limitado la lista á solo los notoriamente comprometidos, vino á quedar reducida primero á 80 individuos, y finalmente á 37.

Durante aquel escrutinio, que se prolongó por espacio de varios días, Fouché, autorizado por el rey y ademas llevado de su propia repugnancia á apoderarse de aquellos á quien habia designado, les hizo avisar del peligro que corrian y les proporcionó toda clase de recursos para facilitar su evasion, incluidas las sumas que necesitasen para permanecer en el extranjero. De 500 á 600,000 francos procedentes de los fondos de policia se invirtieron por él en socorrer á los que mas bien que proscibirlos, quiso salvarlos. Los mas obstinados ó los mas temerarios fueron los únicos que cayeron mas adelante en manos de los ejecutores de aquellas órdenes.

Únicamente la razon de Estado fué la que dictó la palabra proscricion, puesto que el verdadero objeto del consejo era solo el alejamiento de los proscritos á fin de dar una satisfaccion no á la venganza, sino al clamor público. El rey no queria hacer victimas ni la Europa queria que se derramase mas sangre.

## XLI.

El decreto de proscricion estaba redactado en estos términos:

«Deseando, para castigo de un atentado sin ejemplo, al mismo tiempo que graduar las penas convenientemente, limitarlas al menor número posible de culpables y conciliar el interés de nuestros pueblos, la dignidad de nuestra corona y la tranquilidad de la Europa con lo que es debido á la justicia y á la mas completa seguridad de todos los demas ciudadanos sin distincion alguna, hemos declarado y declaramos lo que sigue: